



---

# UN PARTIDO PARA UNA NUEVA ETAPA

*Antonio GARCIA SANTESMASES*

**E**s ya un tópico hablar de la crisis de la política en las sociedades democráticas que se produce cuando son las democracias las que han triunfado, las que se han quedado sin «enemigo». El tema es muy amplio, pero yo subrayaría dos elementos que pueden visualizar los problemas que nos afectan. En primer lugar, la crisis de legitimidad de la actividad política; en segundo, la crisis del Estado de bienestar. Sin una política social sustentada por el Estado, no es posible mantener la legitimidad de las instituciones democráticas, pero sin la legitimidad de las instituciones políticas tampoco es posible recabar el apoyo fiscal de los ciudadanos para mantener los servicios públicos que desarrolla el Estado. Todo este debate ha tenido una concreción dramática en la crisis que han vivido distintos países europeos, especialmente Italia, por el tema de la corrupción y la financiación irregular de los partidos políticos. Al ciudadano al que se le exige contribuir fiscalmente para mantener los gastos sociales, toda la investigación desarrollada por la judicatura italiana para esclarecer la financiación irregular de los partidos le ha abierto los ojos sobre la crisis de un sis-

tema político. Bobbio había hablado en los años ochenta de las «promesas incumplidas de la democracia», de la falta de transparencia, de los poderes invisibles, de los déficits de participación, de la pervivencia de las oligarquías, pero todas estas denuncias han quedado en nada al contemplar los suicidios, los encarcelamientos, las comisiones ilegales, las acusaciones mutuas, las conexiones con la Mafia.

### **La crisis de abril y la convocatoria de elecciones**

En España, por ventura, no hemos llegado tan lejos, pero a nadie se le oculta que la raíz de muchos de los problemas que vive el PSOE vienen de la defectuosa financiación del partido, de las relaciones con la judicatura, de la dimisión del anterior secretario de Administración y de la crisis de toda la dirección socialista en abril de 1993 que, a partir de entonces, queda devaluada a la espera de la cita congresual.

Felipe González resuelve aquella crisis con la convocatoria de elecciones generales. Unas elecciones que van a tener un marcado carácter presidencial y que van a estar presididas por la incorporación de independientes prestigiosos que se suman al proyecto socialista en esta nueva etapa. Conviene insistir en los dos puntos, porque ambos reflejan una forma de salir de la crisis de la política y de afrontar los problemas del futuro. Para muchos analistas, era tal el deterioro de la imagen del PSOE, que sólo resaltando las virtudes de su candidato frente a las carencias del candidato del principal partido de oposición fue posible la victoria electoral. Victoria electoral que se sustenta en una promesa: «El cambio del cambio», «El nuevo impulso democrático», que a su vez se visualiza en la incorporación a las filas socialistas de personas que habían combatido el narcotráfico, que habían velado por la legalidad, que habían defendido el Estado de derecho frente a cualquier apoyo acrítico de la eficacia policial.

Ese era el mensaje que respondía con mucho acierto a una parte del problema. La desafección de los ciudadanos ante la política, las acusaciones de corrupción, el descrédito de los políticos, exigía algún tipo de respuesta, y la que se buscó trataba de preservar la imagen imaculada del líder frente a la deteriorada imagen del partido, y trataba de rectificar un rumbo en la política de seguridad incorporando a las listas socialistas al hombre que había investigado a los GAL y que se había pronunciado en contra de la Ley de seguridad ciudadana.

Todo esto fue muy importante, aunque fuera doloroso para muchos militantes del PSOE ver por televisión cómo se pedía el voto para el líder a la par que se denigraba al partido y como, por otro lado, se subrayaba que sólo emergiendo desde la sociedad civil era posible una renovación, una recuperación de la ética, un reverdecer de la esperanza.

La invocación al impulso democrático, siendo como fue decisiva, fue también insuficiente para alcanzar el triunfo electoral. Conscientes todos de la existencia de una crisis de la política que afecta tanto a la legitimidad de las instituciones como a la política social que se desarrolla, se prometió a los ciudadanos que no volvería a haber más zonas de penumbra en la financiación, pero se pidió igualmente un giro en la política económica que permitiera alcanzar un pacto social por el empleo. Las dificultades para hacer realidad esta segunda promesa aparecieron concluida la campaña electoral, y conocidos los resultados. El PSOE había perdido la mayoría absoluta y tenía que decidir cómo conformar una mayoría parlamentaria que le permitiera gobernar.

### **El PSOE después del 6 de junio**

Conocida la victoria electoral se plantearon de inmediato dos problemas: ¿quién había triunfado: el partido o el líder?, y ¿con quién gobernar? Es justo reconocer que sólo con el esfuerzo de un candidato es imposible triunfar; pero en esta ocasión, dada la situación de deterioro partidario de la que se partía, su aportación fue decisiva. El líder, consciente de este hecho, impuso desde el primer momento la línea política que deseaba desarrollar. Esta línea se concretó en dos decisiones muy importantes: proponer a Carlos Solchaga como portavoz parlamentario, e intentar por todos los medios alcanzar un acuerdo político con el nacionalismo catalán para esta legislatura. Los dos hechos merecen un comentario.

Carlos Solchaga era y es reconocido dentro del partido como un hombre documentado, preparado, brillante, polemista incisivo y magnífico parlamentario. Todas estas cualidades no pueden, sin embargo, hacer olvidar que era el símbolo de una política económica que había provocado un enfrentamiento muy duro con los sindicatos. Convergencia Democrática de Cataluña representa un partido antifranquista, democrático, europeísta, atlantista, un partido crítico de la política económica del Gobierno por las concesiones excesivas tras el 14 de diciembre, un partido contrario a la ley de huelga y defensor de una reforma radical del mercado de trabajo. Pensar que eligiendo a Solchaga como portavoz y a Convergencia como aliado era posible responder al apoyo crítico dado por los sindicatos y al voto decisivo de la última semana de campaña, era pensar que era posible mezclar el agua y el aceite.

Si se quería responder al reto de buscar un nuevo acuerdo con los sindicatos, no había otro camino posible que el que pasaba por desbloquear las relaciones con Izquierda Unida. Para ninguna de las dos formaciones era fácil dar ese paso. Para el proyecto de Felipe González, para su idea de las prioridades que hay que afrontar y de los retos a los que hay que responder, todo entendimiento con Izquierda Unida

era indeseable. Para Julio Anguita, todo acercamiento al PSOE implicaba reconocer que Izquierda Unida no era la única izquierda, no estaba sola frente al resto, viviendo en un espléndido aislamiento. González, al dar tal relevancia al nacionalismo catalán, le convertía en bisagra permanente de la política española tras la desaparición del CDS. Sólo con fuerzas responsables era posible afrontar las tareas de gobierno. Ese monopolio de la «responsabilidad» no perjudicaba a Anguita, que podía reservar para sí el monopolio de la utopía, de la conciencia subversiva del orden existente, el hilo rojo que comunica con el alma inmortal del comunismo y que conecta con la nueva sensibilidad ecologista. González, en el corazón de la gobernabilidad, miraba displicente los sueños arcaicos de Anguita; éste, poseído de la auténtica conciencia revolucionaria, subrayaba la coherencia capitalista de González. Mientras tanto, los sindicatos se quedaban sin referente político y se aprestaban, fracasadas las negociaciones, a convocar una nueva huelga general para el 27 de enero de 1994. Para los dirigentes sindicales no había habido una negociación verdadera. El Gobierno, al tener que elegir entre el pacto con las fuerzas nacionalistas y el acuerdo con los sindicatos, optó por lo primero. El precio de la opción elegida era la asunción en puntos decisivos del programa de Pujol. El *quid* de la cuestión, para los sindicatos, se centra en el entendimiento perfecto entre el Gobierno, el poder empresarial y el nacionalismo catalán.

Mientras que para algunos el compromiso entre el socialismo español y el nacionalismo catalán constituye el acuerdo político más importante de los últimos años al garantizar la estabilidad del Gobierno, afrontar correctamente la crisis económica y posibilitar un encauzamiento de los problemas territoriales y autonómicos, para otros, por este camino no haremos sino ahondar la brecha entre el Gobierno y el conjunto del movimiento obrero. Tras la huelga general esta convicción se ha evidenciado.

La huelga general del pasado 27 de enero ha constituido un indudable éxito para los sindicatos. En unos momentos de fuerte crisis económica, con un porcentaje muy alto de trabajadores en paro, con la amenaza a muchos de ellos por sus contratos eventuales, con un bombardeo decisivo de muchos medios de comunicación en contra de los sindicatos, el seguimiento ha sido muy importante. Tras la huelga, sin embargo, el Gobierno no ofrece ninguna voluntad de cambiar la reforma del mercado de trabajo. Más allá de la voluntad y de la opinión de los expertos sociolaborales, es evidente que estamos ante un problema político que nace de los últimos resultados electorales y de los aliados parlamentarios elegidos por el PSOE. Si uno repasa lo dicho por Pujol antes y después del 27 de enero, y recuerda los resultados de las entrevistas en La Moncloa de Pujol y de los líderes sindicales, se dará cuenta de que no todo es posible. Con unos aliados parlamentarios se pueden hacer unas cosas y otras no. Con el nacionalismo cata-

lán no era posible repetir lo ocurrido tras el 14 de diciembre de 1988. Este análisis, que pienso debería estar presente en el próximo congreso del PSOE, conduce a una conclusión triste pero me temo que cierta: la brecha entre el Gobierno y el movimiento obrero se seguirá ahondando si el conjunto de la izquierda no desbloquea su relación actual y articula una mayoría parlamentaria distinta a la actual, una mayoría sensible a las reivindicaciones de los sindicatos.

El lector se podrá preguntar quién defiende esta posición dentro del PSOE. Hay que decir que el PSOE ha discutido muy escasamente sobre este tema, porque el órgano encargado de esta discusión, el Comité Federal del partido, ha sido convocado tras la últimas elecciones generales únicamente en dos ocasiones. La primera, para analizar los resultados del 6 de junio y diseñar las alianzas pertinentes. En aquel momento, la votación desarrollada en el piso de arriba por la Comisión Ejecutiva para elegir al nuevo portavoz parlamentario, generó una polémica y una crispación que provocaron el deseo de terminar cuanto antes la reunión del Comité Federal. La segunda vez que se ha vuelto a reunir el Comité Federal, la discusión versó acerca de la ponencia-marco. Sólo Izquierda Socialista, con el apoyo de militantes destacados del PSOE, como Barranco, Peces-Barba, Elías Díaz, y de Izquierda, como Isabel Villalonga, Cristina Almeida o Diego López Garrido, propuso en junio del 93 un acercamiento entre el PSOE e Izquierda Unida que posibilitase una mayoría de izquierda en el Parlamento. Esa posibilidad, desechada por Felipe González, tampoco ha recibido ningún apoyo explícito por parte del denominado sector guerrista. Esta falta de apoyo marca los contornos de un debate y la dificultad de percibir con claridad las diferencias entre los dos sectores que conformaban la antigua mayoría.

Antes de pasar a ese punto, me gustaría insistir en que la única forma política de concretar el debate sobre el papel del Estado, del mercado, de la sociedad civil, sobre el empleo y el bienestar, es precisar qué política se quiere desarrollar, con quién se quiere desarrollar y cómo. En este punto, tras la pérdida de la mayoría absoluta, desechada para bien de todos la «gran coalición», las habas están contadas: o se alcanza un acuerdo con el nacionalismo catalán, o se desbloquea primero y se propicia después un acercamiento a Izquierda Unida. Sería deseable que el congreso analizase con rigor y precisión esta encrucijada.

### **El debate sobre el modelo de partido**

Mucho se ha discutido estos meses acerca de la división del PSOE, acerca de la polarización entre guerristas y renovadores, muchos ríos de tinta han corrido sobre si estamos ante un debate de ideas o ante una lucha descarada por el poder. Yo creo que este tema no se puede

afrontar si uno no vuelve la vista atrás e intenta comprender cómo se constituyó y cómo se ha roto la dirección que ha dominado al PSOE durante estos años. No se asuste el lector porque no pienso hacer un recorrido exhaustivo por los distintos momentos de esta evolución. Recientemente he publicado un libro que trata de dar cuenta de esta evolución ideológica (*Repensar la izquierda*, editorial Antrophos, Barcelona, 1993) y remito al lector interesado a esta obra.

Asistimos a la crisis de una dirección política que ha trabajado conjuntamente durante muchos años. El PSOE partía en los años setenta de una situación de división en el seno del socialismo español. Aquella división entre distintas formaciones políticas que se reclamaban del socialismo (PSP, PSOE, FPS) se resuelve, a partir de junio de 1977, con el triunfo electoral del PSOE, al obtener éste un resultado tan abultado y provocar la absorción del resto de los grupos socialistas en situación de sumisión. Primera victoria del equipo que se hace cargo de la dirección del PSOE en Suresnes.

En 1979 se produce la segunda victoria. Tras las elecciones de marzo del 79, se abre un debate sobre la definición ideológica del partido que comienza con la dimisión de Felipe González pero que concluye con un apoyo apabullante al líder del partido en septiembre del mismo año. Apoyo, sin embargo, sólo posible porque el sistema de elección de delegados había cambiado, y éstos ya no eran elegidos por las agrupaciones locales, sino que tenían que pasar un filtro superior (comarcal o provincial) en el cual la lista que alcanzaba más apoyos se llevaba toda la representación. Cuando hoy se insiste en la distorsión que implica que en los últimos congresos provinciales el triunfo se ha producido por muy pocos votos, y que es preciso por ello diferenciar el número de delegados del número de votos obtenidos, uno recuerda aquellos meses del verano del 79 cuando se alardeaba de la gran derrota infligida a la minoría crítica y alguno se vanagloriaba de tener tras de sí a toda la delegación de Andalucía. Si se hubieran mantenido aquellos estatutos del 79 que tanto costó cambiar, hoy la minoría guerrista hubiera acabado como el sector crítico del 79.

Los estatutos del 79 refuerzan los mecanismos de control por parte de la dirección del partido, restringen la participación directa de los afiliados y hacen muy difícil la supervivencia de minorías discrepantes. La Conferencia de Organización y Estatutos de marzo del 83 intentó corregir este sistema aprobando un procedimiento no proporcional, pero sí de mayoría corregida para dejar algún sitio a las minorías discrepantes. Se instauró un modelo de partido de corrientes, pero las corrientes no podían funcionar si había una sola corriente y si tenía la animadversión del aparato central y de muchos líderes regionales. Los aparatos central y regional tenían a su disposición (y siguen teniendo hoy) todos los recursos de la organización. Las corrientes no están dotadas ni de locales ni de recursos económicos para financiar despla-

mientos, para convocar reuniones, para posibilitar el encuentro de sus miembros. En otros países se ha acusado a las corrientes de ser una tapadera para propiciar clientelas que acuden prestas a la hora del reparto del botín electoral. Nada de esto ha ocurrido en el PSOE. El sistema de representación territorial ha sido el dominante y muchos líderes regionales han impedido por todos los medios el desarrollo de cualquier minoría discrepante en su feudo. Por lo demás, siendo la minoría tan pequeña y siendo la mayoría tan amplia, teniendo tantas posibilidades de actuación el que formaba parte de la mayoría y tan pocas el que formaba parte de la minoría, nadie, excepto Izquierda Socialista, quería ser corriente. Izquierda Socialista era la heredera de los derrotados del 79, y todos los demás querían formar parte del carro de los vencedores.

No es extraño que en este contexto una de las claves del próximo congreso se centre en la decisión que tome el denominado guerrismo acerca de su futuro. Cuando escribo (16 de febrero del 94) no es posible saber qué ocurrirá, pero sí es altamente significativo lo ocurrido en la semana del 7 al 11 de febrero. Alfonso Guerra reaparece en público y señala que hay dos grandes opciones en el PSOE: una de tipo social-liberal (renovadora) y otra más inclinada a la izquierda (encarnada por el guerrismo) y que, por tanto, debería haber un equilibrio entre estas posiciones en la composición de la próxima Comisión Ejecutiva. No interesa ahora analizar lo acertado o lo erróneo de estas clasificaciones, lo que interesa es resaltar la respuesta de Felipe González que, en la más pura ortodoxia del modelo vigente, recuerda que si de posiciones ideológicas se trata, éstas deben tener su sitio en el Comité Federal, reservando a la Comisión Ejecutiva la dirección de la política a desarrollar, desarrollo sólo posible contando con un equipo homogéneo.

La respuesta de Felipe González refleja a la perfección el modelo que hasta ahora ha funcionado: en la Comisión Ejecutiva la «mayoría», en el Comité Federal la «minoría». Si el guerrismo quiere formar parte de la «mayoría», que se abstenga de expresar una posición política diferenciada; si persiste en esta actitud, que forme una corriente y que se presente al Comité Federal. Yo no sé lo que hará el guerrismo, pero conociendo la menguada vida del Comité Federal a la hora de tomar las grandes decisiones políticas (cuestión distinta es su función a la hora de ratificar decisiones ya tomadas) me imagino que procurará «salvar los muebles» y esperar a tiempos mejores, es decir, se reciclará como parte del aparato y abandonará cualquier veleidad de configurar un ala izquierda consistente y autónoma. Un ala izquierda consistente, operativa, fuera de los órganos ejecutivos es muy difícil, porque choca la representación territorial y la representación de tipo ideológico.

No adelantemos, sin embargo, acontecimientos. Decíamos que la coalición dominante en el PSOE (por utilizar el término de Pane-

bianco) había sabido triunfar en los años setenta a la hora de alcanzar la hegemonía dentro del mundo socialista y en el conjunto de la izquierda, y en la confrontación de 1979 con el entonces denominado sector crítico, embrión de la futura Izquierda Socialista. Esa coalición seguirá unida a lo largo de los años ochenta, superando pruebas tan relevantes como fue el referéndum sobre la OTAN y el «14 de diciembre». El modelo que se había instaurado sufrió un envite fortísimo en este último momento al producirse la ruptura entre partido y sindicato. Si ha habido un momento dramático para la familia socialista, ha sido éste. En el año 1990 tuvimos un congreso del sindicato socialista y un congreso del partido socialista. A pesar del dramatismo, de las fracturas personales, de las expulsiones, de las tensiones que se habían vivido, a pesar de que era la tercera huelga general en el siglo XX, la gestión del sindicato y la gestión del partido fueron aprobadas por el 100% (algunos aprobaron las dos). Algo falla decisivamente en las organizaciones socialistas cuando las unanimidades ocultan los auténticos debates de fondo.

Si se puede hablar por ello de tercera victoria habría que decir que el modelo fue aguantando y los debates internos se saldaban con mayorías muy amplias y minorías muy exiguas. Los debates entre organizaciones hermanas se resolvían cerrando filas y depurando a los discrepantes respectivos. ¿Cómo es posible entonces que ahora que no hay un debate tan relevante como el de la OTAN o el del «14 de diciembre», la polémica haya encendido los ánimos de los delegados y las votaciones sean tan disputadas?

No estamos ante un debate ideológico-estratégico, dado que los dos sectores de la antigua mayoría no difieren explícitamente en puntos tan importantes como son la política de alianzas y la relación con los sindicatos. Como veíamos anteriormente, a la claridad del diseño de Felipe González sólo se contraponen la posición nítida de Izquierda Socialista. Para explicar porqué se ha roto la antigua mayoría no podemos acudir a estos elementos de tipo ideológico. Las dificultades comenzaron a surgir a partir de enero de 1990. Soy de los pocos que escribí entonces que si se hubiera producido en aquel momento la dimisión de Alfonso Guerra todos nos hubiéramos evitado muchos problemas, él mismo el primero.

No se hizo así, y desde entonces se va produciendo la ruptura de la anterior mayoría, de la coalición que había dominado el PSOE desde Suresnes. El posponer aquella dimisión durante un año trajo consigo una polarización en la relación con muchos medios de comunicación que habían hecho de la salida de Alfonso Guerra del Gobierno su primera prioridad. La respuesta que se dio desde el partido consistió en cerrar la organización y presentarse unánime, sólida como una roca ante el asedio exterior. El problema es que con la salida de Alfonso Guerra la roca se fracturó y la antigua mayoría se dispersó. Comenzó

la época de los reproches. Para unos, los aciertos en la política realizada desde el Gobierno no se podían comunicar suficientemente a la opinión pública por la perpetua catarata de malas noticias que provocaba la actuación de la Ejecutiva del PSOE. Ya hemos visto anteriormente que este pulso tiene su momento culminante en la crisis que se vive en el mes de abril y en la campaña presidencial que se diseña para salir de la situación. Los más radicales en esta posición piensan que ha llegado el momento, tras el triunfo electoral, de reducir a escombros a la anterior dirección, para lo cual es imprescindible realizar el congreso cuanto antes.

El congreso, sin embargo, se va a producir un año después de aquellos sucesos de abril del 93. Tiempo suficiente para que el otro sector de la mayoría haya reaccionado respondiendo al reproche que se le ha dirigido. La respuesta a la crítica por el mal funcionamiento del partido, por la irregular financiación, por la opacidad, no ha sido demasiado convincente. Se ha intentado contraponer al ensalzamiento del líder las virtudes del partido. Situado así el debate, lo mínimo que hay que decir es que, para cualquier demócrata, ni procede conceder a un solo hombre, por valioso que éste pueda ser, la capacidad libérrima de decisión, ni tampoco es de recibo defender sin más al partido sin especificar qué tipo de partido se desea. Los ciudadanos no aceptan que haya una moralidad de partido por encima de la legalidad, ni consideran que el fin justifica los medios, y por todo ello no avalan que se puedan recabar fondos por cualquier procedimiento para compensar una competición política desigual con las fuerzas de derecha. La llamada a erradicar la corrupción no se puede desconocer, infravalorar ni contrarrestar con un canto a las virtudes de la ética partidaria. Esta primera respuesta por parte de sectores de la antigua mayoría no ha estado a la altura de las circunstancias.

Si nuestra interpretación es correcta, la ruptura de la antigua «mayoría» no se produce, pues, por un contencioso de tipo ideológico. Pensamos que si no hubieran surgido todos los problemas vinculados a la financiación del partido esa «mayoría» hubiera podido subsistir manteniendo su división interna de trabajo entre los que desarrollaban políticas de gobierno y los que se ocupaban en controlar el aparato. Lo que ocurre es que el sector del aparato que se siente injustamente tratado por sus antiguos aliados levanta, ante el acoso, la bandera de los principios para intentar ocupar un espacio político de izquierda que cada día es mayor tras el deslizamiento del Gobierno hacia políticas de tipo liberal. La levanta, bien es verdad, con una mezcla de retórica abstracta y unas implicaciones populistas que en nada ayudan a una auténtica izquierda. Pero el hecho es que la levanta, y sería interesante saber cuántos de los que siguen al denominado «guerrismo» lo hacen por lealtad personal al compañero injustamente vilipendiado hasta el escarnio por muchos medios, o lo hacen porque creen que ha llegado

el momento de articular una política diferente. Yo creo que la mayor parte lo hace por lo primero.

Rota pues la antigua coalición dominante, ¿cómo iniciamos la nueva etapa?

### Una nueva etapa

Nos encontramos aquí con el gran problema del futuro: ¿cómo articulamos el pluralismo dentro del partido? El asunto es todo menos sencillo. Las viejas formas de relación personal entre dirigentes (la sintonía eterna del famoso binomio) ya no sirven. Pensar que todo esto se puede resolver con un acuerdo entre los dos máximos dirigentes es desconocer que ha llovido demasiado para poder volver a la época en que sólo dos personas estaban en el Gobierno y en la Ejecutiva del partido. Cuestión distinta es plantear la decisión que tiene que tomar el guerrismo en el congreso acerca de la conveniencia de asumir los puestos que les concedan en la próxima dirección, o iniciar la travesía que les permita constituirse en una minoría discrepante. Ya he señalado anteriormente las razones por las que me inclino a pensar que preferirán reciclarse como aparato antes de iniciar travesías tan inciertas.

No sé si esa previsible decisión es buena o no; lo que sí pienso es que el tema del pluralismo es la auténtica asignatura pendiente del PSOE y de los partidos políticos en España. La crisis de la política que vivimos pasa por alcanzar una financiación transparente y por erradicar toda corrupción; pero unida a ese principio ineliminable está la necesidad de fomentar la participación en la vida política. Yo creo que si queremos un partido que recoja el pluralismo ideológico que *existe entre las personas que se reclaman de la izquierda*, es imprescindible articular un modelo de partido de corrientes, de alas, de sensibilidades. El nombre es lo de menos, pero lo que es evidente es que no es posible pensar que por renovación, por cambio, por adecuación, por adaptación, todos debemos entender lo mismo. La necesidad de las corrientes deriva de dos hechos esenciales. El primero es que los debates que han polarizado al partido en el pasado son muy diferentes a los que nos esperan en el futuro. La caída del muro de Berlín dibuja un escenario muy diferente al que hemos vivido. La caída del comunismo exige abrir las puertas del partido a muchos sectores de izquierda que tienen que encontrar en el PSOE una casa habitable. Una casa habitable pero no homogénea porque, por decirlo de una forma esquemática, aunque seamos muchos más es imposible que todos pensemos lo mismo si unos tienden cada vez más a la disolución del socialismo en un proyecto de tipo liberal y otros queremos reafirmar las señas de identidad de la izquierda. El social-liberalismo y el socialismo de izquierda van a estar presentes en cualquier partido socialista, y las tesis

que sustentan ambas corrientes no son puramente coyunturales ni se pueden argumentar racionalmente de forma puramente individual. Para que esas posiciones sean sólidas exigen un trabajo colectivo, serio, riguroso, ponderado, exigen ser articuladas más allá del día a día aunque tengan que responder al día a día.

Ese modelo sigue siendo a mi juicio el deseable, pero no sé si es el previsible. Me temo que no, por las razones anteriormente expuestas. Yo al guerrismo no le veo, hoy por hoy, ni con capacidad ni con voluntad para constituir un ala de izquierda creíble. Tendría que hacer una autocrítica muy seria de un pasado en ocasiones muy sectario, y tendría que depurar ideológicamente una posición con una nitidez que está muy lejos de tener. El esfuerzo de Izquierda Socialista y de las personas que se han acercado al ala izquierda, como Fernando Morán, los integrantes del CEPES y otros colectivos, creo que es el más serio desde el punto de vista doctrinal (aunque, como es natural, en esta percepción pueda influir el hecho de que yo sea uno de los portavoces de la corriente) pero es muy débil orgánicamente. Ante la debilidad de Izquierda Socialista y las contradicciones del guerrismo, todo apunta a que vayamos a un modelo de nueva dirección en el que lo esencial sea la simbiosis entre el líder del partido y los líderes regionales, manteniendo al guerrismo en una posición subordinada dentro del aparato, y a Izquierda Socialista relegada como minoría discrepante al Comité Federal.

Esta nueva coalición de poder no es la reproducción de lo anterior porque da un peso decisivo a la representación territorial. Este peso es imprescindible dada la configuración del Estado de las autonomías, pero tiene un peligro que no debemos ignorar. Podemos ir a un modelo donde el líder central pida «manos libres» para desarrollar la política que considere conveniente, y conceda plena autonomía a la política realizada en cada una de las Comunidades Autónomas. Normalmente se acusa a las corrientes de propiciar el asentamiento de una base clientelar, y de acudir prestas a la hora del reparto del botín electoral para reservar una cuota para los seguidores de cada uno de los líderes de facción. Ese peligro real no es el que se ha dado ni se da en el PSOE. Pertenecer a una corriente sólo ha supuesto para muchos un sinfín de disgustos. Tener el apoyo del líder territorial sí ha significado, sin embargo, poder acceder a puestos de responsabilidad y desarrollar una actividad política institucional en muchos territorios. El líder territorial sí ha tenido, por ello, un botín que repartir y una clientela que articular y mantener. Esta simbiosis entre el líder central y los líderes regionales es la que se vislumbra en el horizonte, con todos los inconvenientes que una solución de este tipo tiene si no es contrapesada por una articulación paralela del pluralismo ideológico.

Es cierto que esta simbiosis ha sido tan estrecha por la capacidad del líder central de conseguir triunfos electorales sucesivos. Una situa-

ción distinta se produciría si cambiaran las tornas pero, en ese caso, tanto para la carrera sucesoria del actual líder como para asumir un liderazgo en la oposición, no mañana pero sí pasado mañana, las estructuras de poder consolidadas en los distintos territorios harían que sus líderes respectivos pudieran jugar un papel mucho más relevante que personalidades que han desarrollado su tarea en el gobierno central y que carecen del poder orgánico de aquellos que dominan sus respectivas federaciones.

---